

Apuntes sobre el progreso andino

Valentina Cano Vélez

Image not found.

Capítulo 1

Apuntes sobre el progreso andino

Extrañar, asegura el diccionario, es echar de menos algo o alguien, sentir su falta. Podría decir que todos los que se van de Andes dicen que no van a extrañar ni a volver en mucho tiempo, pero van regresando de a poquito con los años, buscando la oficina o lo que sea que combine con su carrera recién terminada mientras 'encuentran algo' en algo más aparte de la rosca.

Muchas veces me prometí no escribir por un tiempo de Andes. Ya había gastado todos los halagos en sus ríos, en las montañas y en cada una de sus calles. Pero más allá de agasajos y caricias, me quedaban ultrajes y melancolía, el olor a cemento en cada esquina se pelea con el olor a escombros en la otra avenida, mientras los arquitectos, ingenieros y oficiales se parten los sesos proyectando el próximo edificio a construir encima de la casa colonial que van a demoler.

Avanzar, define transcurrir o acercarse a su fin, y entonces me pregunto si para los andinos llenar sus angostas calles de edificios grotescos significa progreso? ¿Qué hacen todos estos señores de misa y finca resolviendo en una mesa del parque lo que es lícito o no en asuntos de un pueblo? No tiene importancia. Es un sencillo pasatiempo sumado a una ambición excedida por imponer una opinión en quienes lo permiten.

Andes es un animal indomesticable, un delirio. Los que nos sentimos realmente de aquí, creemos entenderlo, sin éxito, renunciamos a polemizar y nos dedicamos a disfrutarlo. Nada que hacer. Hay algo en la piel que no distingue, nos hace falta más sed de palabras reales y menos prisa para coger mesa del parque. Para persignarse basta con una dosis deslumbrante; dejarse seducir por nada. Hay quienes sentencian, dogmáticos y cuadrados, faltos de encanto, un beso entre dos chicas ¡Qué maravilla! Todo aquí es escándalo, alboroto, pero bájenle a su osadía sin utilidad. La vida está en movimiento y por más que se construyan los más burlescos muros atestados de ladrillos, toda esta retahíla retrógrada y homofóbica del progreso de los cincuentones es una osadía descarada. No volvamos al pasado, es causa perdida en el calendario.

A este animal hay que dejarlo tranquilo, saborearlo con calma, admirarle las piedras de sus calles, descifrar los secretos de Mariela y de Lulú, invocar las baladas de Jairo Toro y de Carnaval, desintoxicarlo de vez en cuando. Tal vez tomarle fotos con filtro lindo y dejar de disimular que somos amigos íntimos de él, si nadie lo entiende.

Somos sus inquilinos y él un muy buen casero.